

encontrar aquí unas cuantas narraciones suyas (...), muchas de cuyas páginas serían dignas de figurar en una antología o en un libro de comentarios de textos. Lo esencial de Garaulet es el impresionismo puntillista, la pincelada vibrante; tres palabras suyas resumen una historia, una tragedia adivinada (...) Estamos ante un prosista excepcional, de esos que pasan inadvertidos simplemente porque prefieren hacer de la pluma algo íntimo y nada más. Predomina en Garaulet la queja infinita y honda que, apenas surge, ya está reprimida, la nostalgia mansa de ese cojo que, según él, contempla turbado el paso del tren de blando penacho en dirección hacia un horizonte que él jamás podrá alcanzar. Cuentan que era un hombre adusto, solitario y de pocos amigos: tal vez trascendía en exceso la mediocre realidad que le correspondió vivir; tal vez era un alma de auténtico poeta que prefería la soledad para observar y reflexionar a su antojo; acaso fuera un auténtico misántropo existencialista en lucha perenne con lo vulgar. Garaulet se deleita con lo que pudo ser y no ha sido, se congratula con el débil, con el marginado a quien una sociedad cobarde pone en la picota sin razón ni motivo. Y todo ello, con un estilo sintético, como quien realiza acotaciones escénicas, magistral, delicado, sutil; en resumen, un narrador excepcional».

La cita de Juan Bravo Castillo ha sido larga, pero necesaria. Todo lo que el profesor de Literatura aplica a Garaulet como prosista puede servir plenamente a Garaulet como poeta: también excepcional, también sintético.

Un poeta preocupado, amargado, torturado por las eternas dudas de esta humanidad doliente que ignora su destino, aunque al final en su obra aflore siempre un rayito de esperanza: el amor y los recuerdos felices que no mueren nunca.

Como siempre, lo mejor es el ejemplo. Garaulet no era un hombre adusto, solitario, de pocos amigos, como se ha dicho. Era un hombre que sentía plenamente los problemas de los demás, hasta los más íntimos y escondidos, como en esta ocasión le dice a su amiga Victoria Gotor, en el magistral soneto *El zarpazo*:

«Llegó y te derribó súbitamente.
 Conmovió tus entrañas el clamor
 de mil gritos menudos. Un temblor
 ascendió de tus pies hasta tu frente.
 Vibró todo tu cuerpo fieramente